



El cuento del coqui

Un cuento popular puertorriqueño

Había una vez, hace mucho tiempo, antes de que la isla de Puerto Rico tuviera carreteras, edificios y el ajetreo de la vida moderna, animales grandes y pequeños que eran libres de vagar por la tierra. Abundaban los alimentos y no existía el peligro, así que la vida era fácil para ellos. Se limitaban a comer y dormir durante todo el día. Aunque la situación era muy relajante, no era buena para su salud: ¡sus cuerpos necesitaban hacer ejercicio!

Sólo el sabio loro puertorriqueño, con sus plumas de colores, podía ver lo que les pasaba a los animales de la isla. Mucha comida y poco ejercicio perjudicaba su salud. El loro sabía que esto era un problema y agitó sus hermosas plumas verdes para llamar la atención de todos.

"Amigos", dijo el loro. " ¡Estoy decepcionado de ustedes! Han permitido que la paz y la tranquilidad de la isla les haga pensar que pueden bajar la guardia y olvidar que deben mantenerse fuertes. Por eso, los reto a todos a una carrera. Todas las criaturas elegirán a una para representar a su especie en la carrera. Sólo uno ganará, pero deben trabajar en equipo para prepararse. El ganador tendrá un premio muy bonito.



Todos los animales se entusiasmaron y eligieron al ejemplar de su especie más grande y fuerte para competir contra las demás. Las serpientes, los pelícanos, las iguanas e incluso las mangostas empezaron a ejercitarse. Todas las criaturas trabajaban juntas, ¡excepto las pequeñas ranas coquí! Eran tan pequeñas que ni siquiera podían emitir un sonido, por lo que no creían tener ninguna posibilidad de ganar. El loro sabio les recordó que incluso las criaturas más pequeñas pueden obtener grandes resultados si trabajan duro juntas. Así que los coquíes decidieron participar en la carrera. Eligieron a la más grande de las ranas pequeñas y todas se unieron para ayudarle a hacer ejercicio y prepararse para la carrera.

Por fin llegó el momento de la gran carrera. El loro se encaramó a una rama y se dirigió a los animales. "¡Amigos! Me alegro de verlos a todos hoy aquí y estoy orgulloso de todo el trabajo que han hecho para prepararse para la carrera. Espero que también se sientan más fuertes y sanos. La carrera empezará en este árbol. Corran por el sendero hasta la palmera más alta, luego den la vuelta y regresen a este lugar. El primer animal que cruce la línea de meta será el ganador".

Todos los animales se alinearon a lo largo de la línea de partida. La pequeña rana coquí fue empujada a un lado: nadie se fijó en ella, porque era muy pequeña, pero estaba emocionada y lista para la carrera.

El loro gritó: "Preparados, listos... ¡YA!", y los animales se pusieron en marcha. Una cegadora nube de polvo era todo lo que quedaba de los corredores. Las serpientes se deslizaban. Los pelícanos aleteaban. Las iguanas se arrastraban. Las mangostas correteaban. Todos los animales se movían, a su manera, tan rápido como podían. Pero la pequeña rana coquí no lograba adelantarlos. ¿Cómo podía lograrlo?

Entonces, de repente, tuvo una idea. Reunió fuerzas, dobló las rodillas y saltó con todas sus fuerzas. ¡El coquí saltó por encima de la mangosta! ¡Saltó junto a la iguana! Brincó junto al pelícano y saltó por encima de la serpiente. Cuando los animales llegaron a la palmera, ¡el coquí iba en cabeza!

El resto de los coquíes que estaban viendo la carrera, se alegraron muchísimo, expresando su silenciosa felicidad entre ellos. Todos saltaron de alegría cuando su compañero cruzó primero la línea de meta. ¡Había ganado la carrera!

El loro bajó volando para felicitar a los coquíes por su victoria. "¡Felicidades, amigos míos! Los coquíes nos han demostrado a todos que incluso los más pequeños pueden hacer grandes cosas. Y, como habíamos prometido, ¡el premio!". Lentamente, el loro levantó sus enormes alas y murmuró un cántico sagrado. Cuando terminó, ¡los coquíes empezaron a cantar por primera vez! Y de esta forma Puerto Rico pudo disfrutar de la relajante magia de su música. Con el tiempo, los coquíes se convirtieron en criaturitas muy populares. Y, desde aquella noche tan lejana, al caer el sol todos los coquíes comienzan a entonar su canto.

